

Tierra de **MANZANAS**

NEMESIO DIEZ

Grupo Editorial Endira México, S.A. de C.V.

endira

Tierra de Manzanas

Primera Edición, 2017.

© 2017, Nemesio Díez

D.R. de esta edición:

© 2017, Grupo Editorial Endira México, S.A de C.V.

16 de Septiembre 8 local 16, Colonia Centro, San Juan del Río, Qro.
C.P. 76800 San Juan del Río, Querétaro.

Teléfono: (427) 272-47-97

www.endira.com.mx

Queda prohibida la reproducción directa o indirecta, total o parcial de esta edición así como la explotación de la misma, sin autorización escrita del editor.

Impreso en México.

ISBN: 978-607-8323-70-8

Diseño editorial: David Ocádiz

Diseño portada: Erik Gastón Sánchez Basurto

Coordinación editorial: Karenina Saro

Para mayor información, visita:

www.endira.com.mx

¿Tienes algún comentario, duda o sugerencia?

Escríbenos a: editorial@endira.com.mx

Índice

I	9
II	25
III	47
IV	59
V	77
VI	87
VII	99
VIII	107
IX	131
X	145
XI	159
XII	171
XIII	189
XIV	199
XV	207
XVI	223
XVII	239
Epílogo	259

I

1 de octubre de 1989

Un domingo sin misa en un camino rodeado de árboles. La tierra era blanca, tan blanca que el polvo se confundía con la neblina. Fue durante el crepúsculo. Bajé del camión y solo podía ver tierra y sombras. Pasaron algunos minutos para que todo dejara de revolotear a mi alrededor; entonces me di cuenta que estaba solo.

El transporte me había dejado a la vera del camino, había desaparecido en la siguiente curva de la carretera de piedras. Carretera: un término que precariamente existe en un plano de gasolinera. El camino a Guadalupe y Calvo solo en la imaginación de los seres imaginarios se llamaba carretera. Quise alejar la sensación de naufragio haciendo inventario de mi equipaje. Todo estaba ahí: estuche con guitarra y maleta negra. Había llegado a El Soldado, tal y como estaba previsto.

“¿Ya estamos cerca del Soldado?”, le había preguntado a un tipo algunos minutos antes y como la respuesta había sido la misma, creí que seguía engañándome. “Ahí nomás tantito, es en la otra curva”, contestó el hombre gordo y de aspecto descuidado que fungía de chofer en ese camión destartado perteneciente a la flotilla de *Líneas Foráneas de la Sierra*, digna empresa de transporte que llevaba gente, cosas y animales de Parral a Guadalupe y Calvo y a los cientos de sus puntos intermedios. “Oiga, ¿conoce El Soldado?” le había preguntado a varias personas compañeras de la jornada. Un par de sujetos con sombrero habían expresado un *no seco*; una señora ni siquiera había levantado la mirada. Solamente el chofer había contestado de nuevo: “ahí nomás tantito”.

Caminé un poco alrededor de mis cosas para reconocer el lugar. En realidad no había mucho que explorar si no me quería alejar de donde me había bajado. Alejarse en ese momento significaba asumir que nadie pasaría a recogerme pronto, así que di unas vueltas más, y comencé a recordar la noche anterior en el Hospital de Jesús.

“Nada más te bajas en El Soldado” había dicho la hermana Fátima, “es muy fácil, le preguntas al chofer dónde está y donde te diga ahí es, pues ahí es; será como a la mitad del camino, poquito después de El Vergel. Ahora que si ves que llegas a Guadalupe y Calvo, pues ya te pasaste. Y bueno, solamente agarras el mismo camión de regreso y ya está. En El Soldado te esperas a que pasen por ti, seguramente irá Chuy, trabaja con las Hermanas. Ya acordamos la hora por lo que no debe de tardar, aunque con Chuy no sabes. Ten cuidado, es buena gente, pero es muy voladito, así que pórtate bien, porque un novicio tiene que portarse bien, dar el ejemplo...” continuó la hermana con una lista de recomendaciones y de modelos de buena conducta. Como no era la primera vez que escuchaba esa lista, volví a suponer que era muy similar a la que le daba a todos los novicios que iban a la sierra. De nada serviría que le repitiera, como en ocasiones anteriores, que yo no era un novicio.

Volví a donde había dejado mis cosas y las llevé al lado de una piedra junto al árbol más cercano, y esperé... y esperé. Pasó lo que pareció una hora, y comencé a inquietarme. *El Soldado* no era nada más que un punto en medio del camino. Las seis horas desde Parral habían sido un viaje de brecha continua, con saltos y sobresaltos sobre cráteres y ofuscaciones. En El Soldado no había casas, ni señales de vida, solamente, de un lado, los árboles donde comenzaba el bosque; del otro, unos metros de maleza y un despeñadero de profundidad desconocida, pero que mostraba una vista espectacular de los montes a lo lejos, con un agradable cielo lleno de nubes jactándose de su altura.

En El Soldado no había soldados, solamente piedras y árboles. Debieron ser ya las seis de la tarde, cálculo difícil sin el reloj que me regaló mi padre. Pensé que hubiera sido bueno prestar atención a aquellas lecciones astronómicas del maestro Pérez en la secundaria, hubiera podido observar la posición del Sol y todo eso. Cierto, el reloj hubiera servido, pero lo había olvidado

en un baño de la estación durante el viaje de Morelia a Parral. Comenzaba a hacer frío y el viento movía las copas de los árboles emitiendo un silbido que solo puedes escuchar cuando no oyes otra cosa; es el sonido del miedo de que nadie vaya a recogerte.

Y esperé, y esperé. «Quizás el Hospital de Jesús en Parral y su cuarto de huéspedes no era tan mal lugar después de todo», pensé al recordar donde me encontraba hacía un par de días.

“Aquí Hospital de Jesús buscando a Padre Guti”, dijo la Hermana Fátima mirando el micrófono del radio transmisor como si fuera un hijo. Ella observaba el aparato como a alguien amado, directamente a los ojos. La estática rechinaba en el viejo aparato. “Aquí Hospital de Jesús... Guti, conteste”, volvió a decir. “Hablo para informar que el nuevo novicio está ya aquí y que sale mañana para Chinatú. La ruta de siempre. Les pido que lo vayan a recoger a El Soldado. Por cierto, que manda decir la Madre Felicitas que cuándo se va a atender los dientes, aquí el Doctor Chávez lo está esperando”. La Hermana Fátima siguió mirando el micrófono e hizo caso omiso a mi aclaración de que yo no era novicio. La estática seguía siendo la única respuesta.

El sol ya se había ocultado entre los cerros y el frío empezaba a calar. Me puse la chamarra, caminé en círculos de nuevo y pensé en sacar la guitarra, aunque deseché la idea al instante. Era ridículo ponerse a tocar para los árboles. Además, estaba seguro que el tal Chuy llegaría en cualquier momento. Sin embargo, el tal Chuy no llegó en ese momento.

“Aquí el padre Valencia de Chinatú. Cambio”. “Adelante padre Valencia. Cambio”, dijo la Hermana Fátima sin pestañear. “¿Cuál novicio viene? Yo no sé nada. Cambio”. “Ah, caray”, dijo Fátima algo sobresaltada pero con suma concentración. “Padre, es el novicio del que hablamos con el padre Guti la semana pasada, el que viene de México, recomendado por su oficina allá. Cambio”. “A mí Guti no me dice nada... aparte ha

estado fuera varios días, se fue a Norogachi... ¿Qué quieren que hagamos entonces? Cambio". "Pasado mañana sale para allá en el camión, es para que lo pasen a recoger. Cambio". "Bueno, sale, está bien, yo le digo a la Hermana Clarita... a la hora de siempre entonces... Oye Fátima, que se traiga mis libros para que no sea de oquis el viaje... ¿otra cosa? Cambio". "No padre, nada más, solo dígame lo del dentista a Guti y Dios lo bendiga. Cambio". "Sale, sale, a ti también. Cambio y fuera". Se oyó un clic. Fátima se le quedó viendo por un instante al micrófono, como si hubiera querido decir algo más, pero no lo hizo.

Volví a sentarme y recordé que traía un pequeño bulto dentro de un sobre grande. Tendrían que ser los libros del cura de la radio. Mi deseo de matar la preocupación por larga espera y ante la perspectiva de que se me hiciera de noche en ese lugar, me llevaron a pensar en sacar los libros y leer algo mientras hubiera luz. Procedí a buscarlos en la maleta, pero antes de que sopesara cómo abrir el paquete sin que nadie se diera cuenta, decidí que los escrúpulos y la conciencia eran más necesarios que la distracción. Volví a meter el sobre. Me pregunté si aún tendría alguna de las golosinas compradas en la estación de autobuses. Hurgando solamente encontré migajas, lo que aumentó mi sensación de soledad. El hambre se siente más cuando se está solo. Al cerrar la maleta, el cierre se trabó con el pequeño crucifijo que Murphy me había obsequiado antes del viaje. Como el tal Chuy seguía sin llegar, seguí recordando.

1 de julio de 1989

Era una tarde soleada por el sol de Texas. Uno de sus rayos penetraba a través de la persiana en la oficina del cura. Pocos notaban que a esa hora, la del crepúsculo, la luz iluminaba el reloj de mesa de Murphy y no, como sería de esperarse en la oficina de un jesuita, la figurita de porcelana de la Virgen María ubicada justo a un lado.

Esperaba la llegada del sacerdote, por lo que para matar el tiempo cambié a la figurita de posición en lugar del reloj. Sin embargo, el arreglo no se veía bien y lo cambié de nuevo. Parecía que la indicación del tiempo era más importante en ese momento y la estatuilla parecía más contenta en la penumbra. Observé el mueble lleno de fotografías de su historia religiosa y familiar. Ahí estaba mi fotografía favorita: el padre Murphy y un montón de extraños con pancartas contra el aborto en alguna manifestación de los setentas. Nunca le había preguntado nada de la imagen, pero podía deducir la época porque el pelo de Murphy era negro y las patillas largas. La pose era combativa y de no ser por el collarín blanco y el traje, se pensaría que se trataba de algún belicoso defensor de las ballenas, o algo así.

Justo a tiempo, como tenía acostumbrados a todos en la comunidad de St. Mary, Seamus Murphy entró al cuarto con su inalterable sonrisa irlandesa. Ocupó el asiento con un suspiro, me observó sin decir palabra. Eran las seis de la tarde en su reloj y en el mío, la hora del Ángelus en Texas.

Aunque venía preparado para una importante y significativa conversación final con Murphy, olvidé la manera ensayada de comenzar. “Bueno... me decidí por la Tarahumara en México”, dije con voz apagada. Murphy siguió observándome en silencio. Tal mirada daba a entender que continuara. “La Tarahumara es el lugar más lógico por varias razones. Principalmente, porque está ubicada en mi propio país y se habla español. Hay mucha necesidad por allá y con mis estudios creo que puedo ayudar. En algunas de las misiones entiendo que se pueden hacer proyectos alimentarios. Dicen que se pueden dar muy bien algunos tipos de frutas, especialmente, las manzanas. También está muy aislado y es lo que necesito en estos momentos. Es... –dudé un poco antes de decir la frase– el lugar ideal para meditar y encontrarme a mí mismo... Así que...” corté el discurso porque Murphy no decía nada.

“¿Así que...?” dijo pausadamente el jesuita. “Bueno, no sé...”, contesté. “Estoy esperando el discurso motivador, el apoyo a mi decisión, no sé... algunas fanfarrias, música de fondo quizás”. “Amigo mío, nada de eso. Comprendo que ya lo decidiste y por tanto *you are on your own*. En el camino de la búsqueda de uno mismo no hay fanfarrias y la única música de fondo es la tormenta, o la suave brisa”.

Seamus Murphy había nacido en el año del Señor de 1928 en el Boston bronco. Hijo de padre irlandés y madre irlandesa, tenía siete hermanos y dos hermanas. Murphy siempre fue más irlandés que Irlanda. La familia era la historia de los inmigrantes llegados en un barco de nombre chistoso. El padre era sastre y a eso se dedicó toda su vida, murió en su taller con las tijeras en las manos, según contaba la leyenda familiar. La madre había ejercido un matriarcado discreto, dejando que todo el mundo creyera que las decisiones las tomaba el padre. Mother Murphy había controlado desde los nombres de la prole hasta su educación, férrea y religiosa, llena de fervor, de fiestas de guardar y de una profunda fe en la Divina Providencia. Con diez hijos, el ambiente religioso rindió frutos: las dos hermanas se hicieron religiosas Mary Knoll y Seamus con su hermano Kenny tomarían, en su momento, los hábitos jesuitas.

Seamus entró al seminario de una manera natural. Una trifulca de cantina en su pubertad lo había dejado a la puerta de la sastrería del padre, con la camisa desgarrada, un labio hinchado y el valor ausente para enfrentar a su madre. Creyendo que podría amortiguar las consecuencias familiares de haberse escapado de la escuela con la bola de sus hermanos y, peor aún, de haberse liado a puñetazos con otro católico por una oscura apuesta nunca mencionada, se presentó en ese estado hartamente deplorable ante el padre, esperando el perdón preliminar y una camisa nueva. Recibió ambas cosas y una tercera. Parados, frente al espejo ovalado y gigantesco del cuarto de las medidas, el padre tomó al hijo de los hombros y ambos se observaron en el

reflejo de la luna. Papa Murphy dijo: “Seamus, no seas estúpido, deja de perder el tiempo con los vagos y las peleas. Tú naciste para cura”.

Cuando le preguntaban, Murphy siempre contaba que en ese momento supo para qué lo quería Dios en la vida. Después de ese verano ya no regresó a su escuela y entró al seminario; nunca se arrepintió de esa decisión, ni de haberse liado a golpes por última vez en una cantina.

1 de octubre de 1989, como a eso de las seis y media de la tarde.

El tal Chuy sin llegar. Solamente había llegado el viento tras regresar de su vuelta al mundo en ochenta días. El sol ya llevaba rato oculto y el frío calaba animado por mi compañía. Yo seguía pensando en la hermana Fátima y sus historias. Los días en Parral parecían lejanos. La hermana y yo habíamos pasado un día visitando los lugares memorables de la ciudad y el lugar del asesinato de Villa no podía faltar en el itinerario, así como la plaza principal, donde uno iba a los negocios o a hablar por teléfono de larga distancia, en esas cabinas como de confesión y de a cinco pesos el minuto, con su ventanita por donde podía verse a los amantes a la distancia, o a los hijos que pedían dinero con cara consternada, o a los desesperados que no llegarían a donde habían prometido en la fecha de un desenlace.

“Esta es la esquina donde mataron a Villa. Por allá venía el carro, de los primeros que hubo en Parral y seguro que en México. Lo cocieron a plumazos con mucha saña; me parece que alguna vez vi una fotografía con los cuerpos volteados sobre las ventanillas. Pobrecitos, ni para defenderse. Pero bueno, el destino del héroe bandolero ¿qué podíamos esperar? No muchos saben esto, pero, mi abuelo lo conoció. Sí, fue hace mucho, claro, lógico. Fíjate que mi abuelo era capataz de un rancho, por Torreón. Capataz, sí, capataz español. Eso no le ayudó mucho ni a él ni al tío Felipe. Imagínate, capataz de un

rancho de señoritos y aparte gachupín ¿Importaba que fuera bien buena gente? No. ¿Importaba que tomara tanto tequila como el que más y que comiera de todos los tacos imaginables? No. Español. De veras que aquí somos nacionalistas deseosos de haber nacido en otro país. Pero bueno, sí, el abuelo era capataz en Torreón. Siempre me contaba cómo, en una tarde de ventoleras, llegaron los de sombrero y se cargaron a muchos en el rancho. Nunca supo por qué a él y al Tío Felipe no les tocaron los primeros balazos. Decía que los agarraron, les dieron de patadas con bota, los amarraron con lazos de cochino y a punta de pistola en pecho y maceta... sí, en maceta, la cabeza... se los llevaron a un cuartelito de adobe a unos kilómetros del rancho, donde el mismísimo Villa, les dijeron, no solo tenía su cuartel y sus mujeres, sino donde les harían un juicio militar sumarisimo. '¿Por qué, por qué?' decía el Abuelo... '¿Por qué yo, por qué yo?' decía el tío Felipe. 'Pos porque sí y por ser gachupes' les contestaron. Para hacerte el cuento corto, te digo que, en efecto, los llevaron golpeados, enlodados y amarrados con lazo de cochino frente a mi general. Ahí estaba él, el mismísimo Pancho Villa, con su pistola y su sombrero. Y no estaba solo. Había, decía el abuelo, como cien Dorados empistolados con cara de cansados y con ganas de bañarse en el río. Lo decía por el olor. También había otros doce atados. Uno no tenía una mano, solo el muñón vendado. Decía el abuelo que lo único que recordaba era que Villa se reía y se reía, y que jugueteaba con el revólver hasta que alguien se acercó a informarle que estos cuates eran los capataces y la gente estudiada que habían encontrado en los ranchos de a la redonda. El tío Felipe empezó a hablar con su acento cantábrico, aunque con la facha ni quién hubiera podido fingir, amén de que Villa no era tonto. 'Así que gachupines ¿no cabrones', ¡Ay perdón!, pero así dijo. 'Así que gachupines...'. 'Ora sí que la mejor razón para tronarlos hijos de su madre'. Obviamente, el tío Felipe ya no dijo nada y el del muñón, el más tranquilo, empezó a murmurar una novena. Mi abuelo decía que ahí ya todos se sintieron muertos y enterrados, lejos

de España y de mi abuela. Pero, lo más interesante y, claro, por eso estoy aquí enseñándote dónde lo mataron, fue que lo mataron a él y no al abuelo. Claro, años después. Pero bueno, la cosa es que están ahí frente al Centauro del Norte, centaurito, más bien, el mal nacido, y que les dice a todos, pero mirándole los bigotes a mi abuelo: 'Sale, hoy me siento magnánimo, al que me bese las botas, le perdono la vida'. Dice mi abuelo que casi se echa a perder la cosa porque todos se arrojaron a los pies de Villa al mismo tiempo. Fue tal el relajo que los Dorados de atrás se dejaron ir a cachazos rompiendo caras y dientes. Lo bueno es que mi abuelo y el tío Felipe estaban casi enfrente de Villa y no solo llegaron primero, sino que sin la molestia e inconveniencia de los cachazos, cubrieron de besos las botas sucias de Pancho Villa. Y que conste que lo hicieron a mucha honra y atados con lazo de cochino. A todos les perdonaron la vida y sin desatarlos, los arrastraron hasta unos vagones de tren y los dejaron sin agua por dos días, el tren los tiró al otro lado de la frontera, donde lo que era en ese entonces la migra de ahora, los agarró a todos y los metió al bote. Contentos por poder comer e ir al baño, se la pasaron muy a gusto varias semanas. Cómo se regresaron, esa es otra historia. La primera historia, la de Villa, te juro por estas, que aunque yo no juro por estas, pasó como te conté”.

La Hermana Fátima en su vida anterior se llamó Leticia. Hija única de hijos de españoles como se habrá podido deducir, pero nacida en Torreón, o en la Laguna, como a ella le gustaba corregir. Tenía como treinta años cuando la conocí, pero parecía de quince y recién salida de un colegio bien. Fátima era una monja de enjundia y buen humor; capaz de hablar hasta por los codos, a menos que estuviera orando; cuando su boca se movía en oración había un silencio inaudito que se escuchaba a gritos. Fátima llevaba tres años trabajando en el Hospital de Jesús, a diestra y siniestra, entre los vendavales de las enfermedades de pobres y las angustias de los que sabían que iban a morir por más que les dijeran que no. La hermana

Fátima quiso ser enfermera desde niña, practicaba con las muñecas, sustitutas de los hermanos que no tenía. Traía a casa animales heridos que encontraba en las calles y los tenía que despachar al día siguiente ante la ira del padre, quien vociferaba que nunca nadie le hacía caso. La madre servía de cómplice, aunque no se podía hacer mucho frente a la autoridad paterna en una casa con amor, pero poca paciencia y tolerancia. El abuelo le había heredado la caridad por todo animal que le pasara en frente y Leticia curaba muñecas y perros en homenaje a su sangre y herencia. Fue por ese amor de curar que ella se había dado cuenta que no solo se sanaban las llagas, las cortadas o las gripas, también el alma necesitaba médicos. En el día que cumplió quince años, con traje de quinceañera y de la mano de un chambelán de tradición, le dijo susurrando a su madre que quería tomar los hábitos. Doña Madre de Leticia sabía que al padre le podría dar un infarto con una noticia así, pero al tener la hija el mismo carácter que aquel, supo también que no había más que hablar. Leticia mudó su nombre a Fátima cuatro años después, cuando tomó los votos de castidad, obediencia y pobreza en una mañana de otoño. El corazón le ardía de ansiedad porque sabía que ahora podía ir por todo. Junto con los votos tenía también su diploma de enfermería y la llave del destino. Ella gustaba platicar que, camino a la capilla para la oración en el día de su consagración, antes de la comilona de la nueva camada de religiosas, le había pedido al Corazón de Jesús que le diera la luz del discernimiento de las almas, dando a cambio un cuarto voto: ella se haría cargo de que nadie que estuviera a su lado se sintiera ni enfermo, ni solo. Consciente de su misión en el mundo, fue la Hermana Fátima la que me abrió la puerta del convento aledaño al Hospital de Jesús, en aquella noche de 1989.

27 de septiembre de 1989

Así que había llegado a Parral en una mojada tarde gris. No hay mucho que contar respecto de llegar a

una estación de autobuses de la época, toda llena de gente y ruido, de prisas y urgencias, de ansias de llegar o de salir, de mingitorios que olían a peste bubónica. Por enésima vez había vuelto a desarrugar el amarillento papel donde estaban escritas las referencias del Hospital de Jesús. No bien tardé en abordar un taxi cuando el cielo se desbordó en venganza con una lluvia que me pareció de piedras.

A Parral lo recuerdo como una ciudad gris e intrincada, puesta ahí por quién sabe quién y por qué ignotas razones, con calles ubicadas sin razón en lo que alguna vez debieron ser cañadas y cañones. Parecía que el taxi circulaba sin brújula y a puro sentido de tacto. La lluvia no dejaba ver nada a través de los cristales, y hacía un estruendo que ensordecía lo que decía el taxista, sus palabras quedaban como un murmullo lejano. Yo asentía sin prestarle atención, tratando de orientarme, temiendo un asalto o una calamidad siniestra. Cayó la noche con más lluvia en el momento que el auto se detuvo. “Aquí lo tengo que dejar, es aquí arribita y no puedo pasar, son veinte pesos”. Como autómatas sorprendidos busqué el dinero, pagué al amigo, abrí la puerta, saqué mis cosas, olvidé algo en el asiento de atrás y comencé a mojarme intensamente. El concepto *arribita*, como tantos otros de nuestro léxico, no fue realista para describir la distancia; significó caminar cien metros cuesta arriba con maleta y guitarra. Ensopado por completo, llegué hasta una puerta metálica que tenía un pequeño techo salvador. Toqué el timbre con temor de electrocución. Era un interfono en buen estado que no tardó en transmitir un *quién vive*. ¡Gracias al Cielo! Respondí mi nombre a gritos porque la lluvia seguía con la misma intensidad y expliqué en corto la larga historia del por qué estaba ahí y, con un *espérese tantito* al aire, transcurrieron unos minutos hasta que me permitieron la entrada al Convento de las Hermanas Hijas Mínimas de María Inmaculada, guardianas, administradoras y los espíritus del Hospital de Jesús.

El Hospital de Jesús en aquellos años servía como la puerta a los misioneros de la parte sur de la Sierra Tarahumara. Tanto Maristas, o Jesuitas, u otros con las mismas intenciones, podían llegar al hospital y eran acogidos por la comunidad de religiosas. Los misioneros podían pasar la noche en un cuarto de huéspedes especial ubicado junto a la escuela de enfermería. Ahí se podía vivir mientras se esperaban instrucciones y transporte para adentrarse a la Sierra. La manera hospitalaria de tratar a los misioneros era lógica y apropiada para estas mujeres, cuya congregación databa del siglo XIX y había sido fundada en los cimientos de ayudar a ancianos, enfermos y desamparados. Y en Parral, como en el mundo, había muchos.

Seco, cambiado de ropa y de ánimos, con la esperanza que da saber que comerás pronto, me senté a la mesa en compañía de toda la congregación del convento. Pronto iría acostumbrándome a la presencia constante de los hábitos, mas en ese momento no dejó de inquietarme el estar a la cabecera de una larga mesa de madera, agrietada de tanto servir y ser observado por media docena de religiosas, sonrientes y expectantes. Solo recuerdo a Fátima y a Felicitas, la superiora que parecía que podía sonreírle hasta el mismo diablo y convertirlo si le daban el tiempo y la oportunidad. ¡Gracias al Cielo! Fue Felicitas la que rompió el largo silencio y la embarazosa situación de no saber con certeza si debía o no y cómo, decir algo. “Bendigamos al Señor”, entonó cruzando las manos y cerrando los ojos y todos procedimos a dar gracias por todo, incluyendo los alimentos, la lluvia y la presencia del novicio nuevo.

“Así que eres el novicio nuevo. Me parece hermosísimo que Dios nos siga enviando obreros a su viña —dijo la Hermana Felicitas, quien era en extremo metafórica—. Hace poco llegó Agustín, siempre tocando el violín, debieras haber escuchado el concierto que nos ofreció, como salido del Cielo. Ya está en Chinatú desde hace tres meses, así que no te sentirás solo. Qué bueno que llegaste ahora en octubre porque luego las nieves no dejan pasar. Ahora cuéntanos, ¿cuándo entraste al

noviciado?” No pude contestar que yo no era novicio sino un simple voluntario, en ese momento una de las hermanas entró con la cazuela del guisado y se armó un jolgorio de voces desordenadas. Todas las hermanas parecían tener la misma hambre que yo. A partir de ese momento las Hermanas Hijas Mínimas de María Inmaculada creyeron para siempre que yo era un novicio encaminado hacia el sacerdocio Jesuita porque nunca pude explicar que así no era la cosa.

Comimos como en hospicio, cosa curiosa pues estábamos en un hospital. Al ser cena, se me preguntó si gustaba café o leche fría o caliente. Pregunté, no sin cierto sentimiento de culpabilidad por el atrevimiento, si tenían de casualidad chocolate en polvo de cualquier marca conocida, pues desde mi infancia ese ha sido mi vicio y costumbre. Con eficiencia militar y la experiencia de siglos de hospitalidad bíblica, una religiosa se apareció mágicamente con una lata de chocolate en polvo de marca conocida. Me sentí contento y bienvenido.

1 de octubre de 1989, casi a las siete de la tarde.

Salió de la nada entre los árboles, frenando la camioneta amarilla con caseta como si lo persiguiera su conciencia y levantando una polvareda. El hombre bajó con rapidez y sin detenerse se acercó hacia donde estaban mis cosas, cargó todo con asombrosa destreza, abrió la puerta de la caseta y metió de golpe todos los bultos. “¿Quihubo? Se me hizo rete tarde, ora sí que una disculpa, pero tuve que hacer unos mandados antes. Tú has de ser el novicio, ¿verdad? Pícale, súbete, ya vamos a llegar de noche y la hermana Clarita me va a matar, le dije que le devolvía la troca a las seis a más tardar”.

Así conocí a Chuy Esparza, de los Esparza de Chinatú, el hermano menor, chofer itinerante, agricultor esporádico de amapola, cantautor de fama futura y conecedor de todo lo que se tiene que conocer en la Sierra y en su propio mundo.